

TORTURADA

Stella Manaut

(Duración aproximada: 15 m)

Se prohíbe la reproducción total o parcial en cualquier medio (impreso o electrónico) así como la representación en cualquier parte del mundo de los textos teatrales de Stella Manaut sin haber solicitado autorización previa a la Sociedad General de Autores de España, en el siguiente link:

<http://www.sgae.es/clientes/escoge-tu-licencia/teatro-y-danza/representacion-de-obras-de-teatro-en-el-extranjero-excepto-italia-y-america-del-sur-salvo-brasil/>
el solicitante debe elegir si es una petición aficionada o profesional.

En caso de duda pueden ponerse en contacto con Don Manuel Macía (SGAE – Artes Escénicas - Contratación y Licencias) a través del correo: mmacia@sgae.es, o bien con la autora: stellamanaut@hotmail.com.

Todas las obras de Stella Manaut figuran asimismo registradas en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid.

Mujer vestida años 40, no lujosa. Sí, sobria

Consecuencia inevitable de tantas horas de terror tras la muerte de mi esposo, fue aquella obsesión permanente por lo efímero.

Con 25 años, me sentí abocada a la reclusión más humillante, sin posible escapatoria, rodeada, además, por aquél vecindario represor, de fuertes convicciones católicas, imbuidos en un sinfín de supersticiones que, de cualquier forma y si las circunstancias hubieran sido otras, habrían hecho imposible el normal desarrollo de la vida de una joven viuda.

Estoy hablando de una pequeña ciudad de provincias bajo la delirante obsesión por la "moral" y de unos años, los 40, tan difíciles en esta España cuarteada por la guerra.

Todo se desarrolló como sigue:

Con 15 inocentes primaveras me vi obligada a aquél desastroso matrimonio, empujada inexorablemente hacia él por unos padres que me vendieron al mejor postor y a los que, como es lógico, no puedo recordar con cariño.

Cuarenta años mayor que yo, Juan buscó consuelo a su viudez en la joven hija de su administrador. Ni qué decir tiene que, entre todos, destrozaron mi vida.

El lustro, dos meses, tres días, cinco horas y cuarenta y tres minutos que viví con él fueron de una amargura profunda. En aquel oscuro lugar y tan niña, no encontré recursos para salir de la pesadilla que se inició el mismo día de la boda, ante el altar, a pesar del traje de princesa con que él había querido disfrazar tan absurda unión.

Juan hizo siempre lo posible para destruir mi autoestima. Incapaz de una palabra, un gesto de cariño, mis días transcurrían en un triste farniente. El ama de llaves se encargaba de todo. Yo "no sabía hacer nada; no servía para nada: una inútil".

La única distracción permitida: bordar sentada en el mirador, a través de cuya densa celosía veía pasar la vida sin poderla atrapar. Tan sólo él y yo; sin familia; sin amigos: su yugo implacable contra mi pobre personalidad.

Unos años salpicados por interminables simulaciones eróticas en las que yo siempre llevaba la peor parte; historias que, indefectiblemente, acababan con una violación salvaje, bajo golpes, latigazos, cabellos arrancados a mechones, mordiscos, pellizcos, pequeños cortes en los pechos, en los brazos, en el vientre; estrangulamientos al límite de la vida...

Nada debían sospechar los criados, relegados al último rincón de aquél enorme edificio y, si lo sabían, nada se atrevieron a decir.

De tanto llorar, el caudal de mis lágrimas acabó por secarse. De tanto sufrir, los quejidos se ahogaron en mi pecho.

¿A quién hubiera podido contar todo aquello?
¿Quién conocía la realidad encerrada entre las cuatro paredes de nuestro dormitorio?

Sus dos hermanas solteras eran las únicas autorizadas a visitarnos, todos los jueves por la tarde, nunca antes de las siete; nunca antes de que él volviera del campo. Dos bichos que se complacían en humillarme por mi pasado de niña pobre y por no atender la casa como hubiera hecho cualquier mujer bien nacida. También me hacían sentir culpable de los cardenales y otras heridas, producto, según ellas, de mi crónico despiste.

Por supuesto que mi mente acabó por trastornarse, lo que alivió sin duda tanta sinrazón. Empecé a mirarme desde la distancia, como espectadora de unos hechos que no me concernían.

Diez terribles años hasta que, una mañana, al despertar, encontré a mi marido muerto junto a mí. Días atrás, no recuerdo cuántos, había sido mordido por un perro rabioso. Al perro lo mataron, pero él no pudo salvarse. Hasta aquel apartado lugar de

España no había llegado ningún remedio para tal eventualidad. Ya el día antes se retorció de dolores, no quiso comer, ni beber, aullando como lobo.

No pude creerlo. ¡Por fin iba a ser libre!. Me acerqué a él, le hablé, le zarandee, pero no hubo respuesta. Tenía los ojos muy abiertos. Aterrorizada, pero con un profundo alivio interior, se los cerré. No podía soportar su mirada acusadora. El leve tacto me repugnó; me trajo a la memoria el horror de su piel en tantas noches de tortura ahora, finalmente, acabadas.

Duelo, plañideras, velatorio, gentes que se acercaban a dar el último adiós a aquel hombre "respetable". Quise esconderme, pero mis cuñadas me obligaron a estar presente, en pie, totalmente vestida de luto, toda la noche. Ni una lágrima vertieron mis ojos. Nadie pudo darse cuenta gracias a la gasa del velo de viuda que filtraba la tenue luz de aquella habitación donde reposaba, inerte, el cuerpo del que fuera mi esposo. Mis padres vinieron a darme el pésame. No quise saludarles. Ellos me habían vendido; yo les despreciaba.

Pasaron los días. Mi intención, con el alivio de tantas noches atroces y recuperada levemente la cordura, fue emprender una vida normal, dentro de los límites del lugar y de la época. Pero mis implacables cuñadas tenían otros planes: poco tiempo después se apoderaron de la casa y de mi debilitada voluntad.

No voy a detallar las torturas, tanto físicas como psíquicas, a las que me sometieron. Pensé que nada podría superar lo pasado pero, me equivoqué. Tan sólo hablaré de dos hechos que dejaron una huella imborrable en mi cuerpo y en mi alma. Aunque cueste trabajo creerlo, aquellas dos arpías -ejemplares creyentes a los ojos de todos- me seccionaron el clítoris con una vieja cuchilla de afeitar y llegaron, también, a cortarme los pezones. Perdí mucha sangre, tuve fiebre muy alta. Naturalmente, no llamaron al médico. Mi joven naturaleza se defendió como pudo.

Y, no sólo recibí indescriptibles afrentas físicas, sino también el horror de hacerme creer que el difunto se aparecería en cualquier momento para vengarse de mí; de obligarme, incluso, a dormir con el pijama con el que había muerto, cuyo olor y tacto no podía soportar. Acabé por oír cómo me llamaba en mitad de la noche o a cualquier hora del día. También me encerraban en su despacho, en total oscuridad, haciéndome escuchar, insistentemente, una voz que yo creí la suya, y que decía: "tu eres la culpable de mi muerte y lo vas a pagar; tú eres la culpable de mi muerte y lo vas a pagar..."

De pronto, unos días de pausa ¿qué estarían tramando? Por fin lo supe. Sería media noche. Entraron en mi cuarto, me obligaron a levantarme y me llevaron, casi en volandas, al salón. Allí, entre

tinieblas, pude ver un ataúd negro forrado de satén rojo, rodeado por cuatro candelabros cuyas tenues velas oscilaban con el aire desplazado por el movimiento de los cuerpos.

Me quedé petrificada ¿qué pretendían?. Lo supe inmediatamente: hicieron que me desnudara por completo, me envolvieron en un sudario, me arrastraron hasta el ataúd y me obligaron a tumbarme en él. Habían apretado tanto la tela que cualquier movimiento resultaba inútil. Luego, cerraron la tapa y así me tuvieron durante un tiempo que no sabría calibrar. Grité con todas mis fuerzas pero, naturalmente, nadie me oyó. Acabé por desmayarme. Cuando desperté apenas tenía aire para respirar. Pensé que había llegado mi última hora y la idea me sentó bien. Mejor acabar cuanto antes.

Seguramente se habían informado de lo que un cuerpo puede soportar con tan poco volumen de oxígeno porque, al borde de la asfixia, sentí que entraban en la sala. Abrieron la tapa y me sacaron de allí medio inconsciente. Sin dejar de insultarme, me llevaron a mi cuarto.

Mi mente trastornada llegó a pensar que todo había sido un sueño pero no, volvieron a repetir el macabro juego todas las noches durante un tiempo infinito.

Apenas comía. Cada vez estaba más débil. Sin embargo, en mi locura, empecé a soñar con la venganza. Con un rayo de esperanza recordé dónde guardaba mi marido sus escopetas de caza, aquellas con las me había encañonado tantas veces, amenazándome con apretar el gatillo si no accedía a sus deseos.

Sería media noche. Salieron de mi habitación dejándome extenuada en la cama. Debí dormir bastantes horas porque ya se filtraba una intensa luz por las rendijas de la persiana cuando desperté. El sentimiento de venganza me dio fuerzas para levantarme, ponerme una bata y deslizarme por los pasillos, sigilosamente. No encontré a nadie. Como he dicho antes, los criados tenían la consigna de permanecer en su zona una vez terminadas las tareas cotidianas.

Entré en la sala de armas, me dirigí al armario, elegí una de las escopetas de dos cañones y la cargué como él había hecho tantas veces ante mí, recreándome en la venganza, sin que el pulso me temblara a pesar de mi debilidad. Escondí el arma a lo largo de mi cuerpo, amparada por la complicidad de la bata. Volví a mi cuarto, me tumbé mirando hacia la puerta, la escopeta junto a mí. Me tapé hasta el cuello, puse el dedo índice en el gatillo y esperé.

Tuve la precaución de dejar una luz encendida. El tiempo discurría desesperadamente lento. De

pronto escuché sus voces de hiena. La puerta se abrió despacio. Esperé a tenerlas lo suficientemente cerca para no fallar. Me levanté y tiré a boca jarro. Primero cayó una e inmediatamente, la otra. No tuvieron tiempo para reaccionar. Sus cadáveres yacían en un charco de sangre cada vez más denso; en sus ojos una expresión de asombro. Me quedé allí, quieta, con la humeante escopeta en la mano, mirándolas sin acabar de creer que yo, la inútil criatura, hubiera sido capaz, finalmente, de defenderse.

Y, así permanecí un tiempo infinito que no sabría calibrar. Finalmente los criados llamaron a la Guardia Civil, alarmados por las detonaciones que, esta vez sí, habían traspasado el umbral de las cocinas.

Cualquier cosa que pudiera ocurrirme tras el crimen, por muy terrible que fuera, jamás podría compararse con lo pasado. Me detuvieron y me juzgaron. Conté todo, sin omitir el menor detalle, corroborando tanto horror con las mutilaciones de mi cuerpo y las innumerables cicatrices. También encontraron el ataúd.

"Enajenación mental transitoria" fue el veredicto del juez. El castigo: dos años de reclusión en una casa de salud.

Elegí la mejor, la más cara. Pude pagarla con la herencia. En el testamento de mi esposo figuraban

sus hermanas como tutoras hasta el momento de su muerte. Luego, la inmensa fortuna pasaría a mis manos.

Y, así fue. Poco a poco voy recuperándome con la ayuda de expertos doctores. Luego, naceré de nuevo a la vida, en otro lugar, con otras gentes.